SERIE CIELO EFATA

TRATADO

El yugo desigual en esta era

2 Corintios 6:14–18



Alejandro Sirit

El yugo desigual en esta era

Alejandro Sirit

El yugo desigual en esta era

- El yugo desigual en esta era
  - Ver
  - Entorno
  - Revelación
  - Doctrina
  - Argumento
  - Decisión
  - Cierre
  - Guía de regreso
  - Notas
  - Créditos
- Guía de estudio
  - Sesión 1. No ararás con buey y con asno
  - Sesión 2. Habitaré y andaré entre ellos
  - Sesión 3. En la ciudad, sin el ídolo
  - Sesión 4. El tálamo, la sociedad, el púlpito y la pantalla
  - Sesión 5. Si cayeren, el uno levantará a su compañero
  - Para seguir caminando
  - Notas para el líder

El yugo desigual en esta era

Tratado · 2 Corintios 6:14–18

Alejandro Sirit
Cielo Efata
Noviembre de 2026

No os unáis en yugo desigual con los incrédulos.
2 Corintios 6:14 (RVR1960)

En Corinto, donde el comercio se mezclaba con los templos y el crédito se firmaba a la sombra de los ídolos, la carta de Pablo no llegó como un consejo de urbanidad. Llegó como una orden a una iglesia que ya había recibido la gracia y, no obstante, corría el riesgo de recibirla en vano (2 Corintios 6:1). El apóstol acaba de ensanchar su corazón delante de ellos: *«Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios; nuestro corazón se ha ensanchado. No estáis estrechos en nosotros, pero sí sois estrechos en vuestro propio corazón»* (2 Corintios 6:11-12). Entonces, como quien habla a hijos, les pide que también ellos se ensanchen (2 Corintios 6:13). Y es precisamente en ese ensanche —no en un encogimiento mezquino, ni en un desprecio del prójimo— donde suena

la prohibición que esta era ha reducido a un lema de noviazgo y ha dejado casi sin peso:

«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Corintios 6:14-18).

El que camina este pasaje no es un hombre que huye del mundo, sino un templo habitado que aprende a no uncirse a lo que no puede tirar hacia la misma mies. Lo que sigue no es una guía de desconfianza, sino la exposición de esa orden, leída con el resto de la Escritura, y aplicada al matrimonio, al negocio, al ministerio y a los lazos digitales de esta era.

Ver

Lo primero que hay que ver no es la costumbre de nuestras iglesias, sino el verbo mismo. Pablo no dice «no saludéis al incrédulo», ni «no compréis ni vendáis», ni «salid de la ciudad». Dice: *«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos»*. El griego, en el Textus Receptus, trae el participio *heterozygountes*: no os hagáis, no os pongáis a tirar bajo un yugo de especie distinta.[1] El yugo no es un

saludo en la puerta, ni un trato puntual en el mercado, ni la mera cercanía de quien aún no cree. El yugo es la vara que une dos cuellos para que arrastren el mismo arado, bajo la misma dirección, hacia el mismo surco. Si las bestias no son pares, el surco se tuerce, el animal más débil es herido y la labor se echa a perder. Por eso la Ley ya había dicho, con una sencillez que el Nuevo Pacto no anula sino que ilumina: *«No ararás con buey y con asno juntamente»* (Deuteronomio 22:10).[2]

Pablo no deja el precepto colgando de una metáfora agrícola. Lo sostiene con cinco preguntas que no admiten un «depende» piadoso. ¿Qué compañerismo (*metochē*) tiene la justicia con la injusticia? ¿Qué comunión (*koinōnia*) la luz con las tinieblas? ¿Qué concordia (*symphōnēsis*) Cristo con Belial? ¿Qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Qué acuerdo (*sygkatathesis*) hay entre el templo de Dios y los ídolos?[3] No son cinco adornos retóricos: son cinco nombres de una misma imposibilidad. El compañerismo, la comunión, la concordia, la parte y el acuerdo describen un lazo que obliga a compartir regla, culto, ganancia y destino. Donde ese lazo se firma con quien no confiesa a Cristo, la Escritura no pide prudencia adicional: declara la contradicción.

El fundamento, sin embargo, no es primero la separación, sino la inhabitación. *«Porque vosotros sois el templo del Dios viviente»*. Antes de que suene el «salid», Dios ha hablado en primera persona: *«Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»*. El indicativo sostiene el imperativo. No nos apartamos para merecer morada; nos apartamos porque ya somos morada. El mismo Señor que habita es el que llama: *«Salid de en medio de ellos, y apartaos… y no toquéis lo*

inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas». Isaías lo había dicho a los que llevaban los utensilios de Jehová: *«Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda; salid de en medio de ella; purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová»* (Isaías 52:11). Pablo no inventa una ética nueva: recoge la voz del pacto y la pone sobre una iglesia que ya es templo.

Por consiguiente, el pasaje no se entiende si se lo recorta al romance. El yugo desigual es toda alianza que obliga al creyente a tirar, como si fuera una sola pieza, con quien no tiene parte en Cristo. El matrimonio es su forma más íntima, mas no es su única forma. El negocio que ata la conciencia, el púlpito o la plataforma que comparte doctrina, y el lazo digital que vende un mismo testimonio, pueden ser yugo con la misma seriedad con que lo es un contrato nupcial. Ver esto con honestidad es el principio del tratado. No verlo es seguir llamando «apertura» a lo que la Escritura llama comunión de la luz con las tinieblas.

Entorno

Corinto era puerto, mercado y santuario a un tiempo. Allí no se podía fingir que la fe quedaba en la asamblea y el resto de la vida en un recinto neutro. Los gremios comían a la sombra de sus protectores; los contratos se celebraban con libaciones; la reputación se ganaba en mesas donde el pan no era solo pan. Pablo no ignora ese suelo. En otra carta ya había precisado que no se puede participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios: *«No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de*

los demonios» (1 Corintios 10:21). El entorno del yugo desigual no es, pues, un desierto de monjes, sino una ciudad real, donde el creyente compra, vende, trabaja y da testimonio, y donde precisamente por eso debe saber qué lazo puede firmar y cuál no.

Ese entorno tiene un límite que conviene marcar desde ahora, para no convertir la santidad en huida. El mismo apóstol había escrito: *«Os he escrito por carta, que no os juntéis con los fornicarios; no absolutamente con los fornicarios de este mundo, o con los avaros, o con los ladrones, o con los idólatras; pues en tal caso os sería necesario salir del mundo»* (1 Corintios 5:9-10). El Señor Jesús, la noche en que se entregaba, oró así: *«No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo»* (Juan 17:15-16). Hay, por tanto, una presencia santa en medio de la ciudad y hay una comunión que no se puede firmar. Confundir las dos cosas es el error de esta era: o se huye de la vida común, o se llama «misión» a un yugo que la Escritura prohíbe.

El Antiguo Testamento ya había preparado este discernimiento. No se trataba de un capricho étnico, sino de la guarda del corazón y del culto. *«Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos»* (Deuteronomio 7:3-4). Abraham lo entendió cuando juramentó a su siervo: *«no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito; sino que irás a mi tierra y a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo Isaac»* (Génesis 24:3-4). No era desprecio del extranjero que se acercaba a Jehová: era negativa a uncir la simiente de la promesa con un culto ajeno. Rut no entra en Israel por un arreglo mixto

que deja intactos dos dioses; entra confesando: *«Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios»* (Rut 1:16). El linaje santo no se diluye: se abre a quien viene a adorar.

Cuando esa guarda se quebró, la Escritura no suavizó el diagnóstico. *«Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras… gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A estas, pues, se juntó Salomón con amor… Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David»* (1 Reyes 11:1-4). Nehemías, siglos después, todavía señala ese mismo abismo: *«¿No pecó por esto Salomón, rey de Israel?… aun a él le hicieron pecar las mujeres extranjeras»* (Nehemías 13:26). Y no solo el tálamo tuerce el surco. El rey Josafat, hombre que temía a Dios, se unció a una campaña con quien no temía, y el vidente Jehú le salió al encuentro: *«¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Pues ha salido de la presencia de Jehová ira contra ti por esto»* (2 Crónicas 19:2). El entorno del yugo, por consiguiente, abarca el lecho, el trono, el tratado de guerra y, en nuestra hora, el contrato, el púlpito y la pantalla.

Amós formula la pregunta que recorre todos esos ámbitos: *«¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?»* (Amós 3:3). No pregunta si dos pueden cruzarse en el camino, sino si pueden caminar como una sola compañía cuando no hay pacto común. Esa es la pregunta de Corinto, y es la pregunta de esta era.

Revelación

Lo que Dios revela en 2 Corintios 6 no es una técnica de supervivencia religiosa, sino su propia presencia. El centro del pasaje no es el creyente que se protege, sino el Dios que dice: *«Habitaré y andaré entre ellos»*. El templo no es un edificio que el hombre administra; es un pueblo habitado. Si el Señor anda en medio, el acuerdo con los ídolos no es una indiscreción social: es una profanación del lugar donde Él ha puesto su Nombre.

Aquí se ve a Cristo. El mismo que es la luz, frente a la cual no hay comunión posible con las tinieblas, es también el que invita a otro yugo, el suyo, que no tuerce el cuello ni parte el alma en dos lealtades. *«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga»* (Mateo 11:28-30). El tratado no llama a un cuello vacío. Llama a cambiar de yugo. El yugo de Cristo enseña mansedumbre y da descanso; el yugo desigual enseña a servir a dos señores, y el Señor ya ha dicho que eso no se puede: *«Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas»* (Mateo 6:24).

La revelación, además, tiene forma de familia. *«Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso»*. El que se unce en desigual no negocia solo un estilo de vida: pone en tensión el nombre de hijo. Santiago, con una dureza que no se puede domesticar, llama adulterio a la amistad que se pacta con el mundo: *«¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis*

que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Santiago 4:4). No es enemistad hacia las personas del mundo —a ellas se las ama con la verdad y se las sirve con el evangelio—, sino hacia esa amistad que firma paz con lo que Dios llama tinieblas.

Por eso la unidad inmediata del pasaje no termina en el versículo 18. Sigue así: *«Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios»* (2 Corintios 7:1). Las promesas —la morada, la paternidad, la recepción— son el motor de la limpieza, no su premio lejano. El temor de Dios no es pánico: es la seriedad de quien sabe que el Señor anda en medio y no se le pone un ídolo al lado.

Doctrina

La doctrina que se sigue del texto, leída con el resto de la Escritura y sin forzar lo que el texto no carga, puede enunciarse con claridad pastoral, sin eslóganes.

Primero: el pueblo de Dios es templo del Dios viviente, linaje escogido y posesión adquirida, *«para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable»* (1 Pedro 2:9). La separación no es fin en sí misma; es la condición de un anuncio verdadero. Un testimonio uncido a la injusticia deja de ser anuncio y se vuelve ruido.

Segundo: está prohibido entrar en un yugo que obligue a compartir regla, culto, ganancia o destino con quien no

cree. Eso incluye, de modo eminente, el matrimonio que se contrae a sabiendas en la incredulidad, porque el matrimonio es la alianza humana más estrecha, y *«Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio»* (Malaquías 2:16): no se firma a la ligera un pacto que la fe no puede sostener en común, para luego pedir a Dios que bendiga lo que su Palabra vedó al entrar.

Tercero: esa prohibición no anula el matrimonio ya contraído cuando uno de los dos cree después, o cuando el creyente ya está unido a quien no cree y el incrédulo consiente en permanecer. Aquí la Escritura misma hace el *distingo*, y no debemos apretar 2 Corintios 6 hasta ahogar 1 Corintios 7. Pablo habla con una precisión que el celo indiscreto suele borrar: *«Y a los demás yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone… Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios. Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?»* (1 Corintios 7:12-16).[4] El yugo que no se debe poner no es licencia para romper el yugo que Dios, en su providencia, ya ató y que el incrédulo no quiere desatar. En ese hogar hay una santidad de consagración —no de regeneración automática del cónyuge— y una esperanza humilde, nunca una garantía mágica. El llamado es a la paz, a la fidelidad y a la espera, no al abandono piadoso.

Cuarto: el creyente permanece en el mundo sin ser del mundo. Trabaja, comercia, estudia, sirve y da razón de su esperanza junto a quienes no creen. Eso no es yugo. El

yugo comienza cuando la voluntad, la tesorería, el culto o la voz pública quedan atados de tal modo que el uno no puede obedecer a Cristo sin traicionar el pacto firmado con el otro. *«No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta»* (Romanos 12:2). La renovación del entendimiento es, también, la capacidad de distinguir presencia de comunión, trato de yugo, misión de mezcla.

Quinto: en el ministerio de la Palabra, recibir en casa la doctrina que no es la de Cristo es participar de las obras ajenas. *«Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras»* (2 Juan 10-11). La hospitalidad cristiana es amplia con la persona necesitada; no es amplia con el error que pide púlpito, plataforma o sello común.

Sexto: cuando dos se unieron porque caminaban en un mismo Señor —en el matrimonio, en el oficio, en la obra o en cualquier otro ámbito—, la fatiga de uno no deshace de suyo lo que Dios permitió o juntó, ni convierte en «palabra nueva» el deseo de soltar la vara. El amor *«todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta»* (1 Corintios 13:7). A los de poco ánimo se les alienta y a los débiles se les sostiene (1 Tesalonicenses 5:14); *«los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos»* (Romanos 15:1). Si el otro se extravía de la verdad, la primera obediencia no es interpretarlo como un permiso para irse, sino hacerlo volver: *«Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error*

de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados» (Santiago 5:19-20). Solo si, después de esa restauración, el otro se aparta de la fe o rehúsa ya el camino común, el yugo que nació igual puede haberse vuelto desigual, y entonces rigen de nuevo las distinciones ya dichas. El matrimonio contraído en el Señor, sin embargo, no se mide con la misma vara que una sociedad o una campaña: *«lo que Dios juntó, no lo separe el hombre»* (Mateo 19:6).

Esta doctrina no se sostiene por templanza humana, sino por la obra de Cristo que nos hizo nueva criatura: *«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas»* (2 Corintios 5:17). El que es nuevo no arregla su vida unciendo lo viejo al altar. Aprende a llevar el yugo fácil del Señor, y a no firmar el otro.

Argumento

Ahora bien, esta era no ha abolido el yugo; lo ha multiplicado bajo nombres más suaves. Se habla de «proyectos compartidos», de «redes», de «colaboraciones», de «aperturas», de «unidades estratégicas». La Escritura sigue preguntando si hay comunión entre la luz y las tinieblas. El argumento, por tanto, no inventa un sexo nuevo de pecado: aplica el mismo precepto a las formas en que hoy se uncen los cuellos.

En el matrimonio y en el camino que lleva a él, el engaño de la era consiste en posponer la fe como si fuera un adorno que se discutirá «después», cuando el afecto ya haya puesto el yugo. Se dice que el amor bastará, que cada

uno guardará lo suyo, que los hijos ya decidirán. La Escritura, sin embargo, no presenta el matrimonio como dos altares bajo un mismo techo, sino como una sola carne orientada a una descendencia para Dios (Malaquías 2:15). Salomón no cayó por falta de inteligencia, sino porque el amor que se juntó contra el precepto inclinó, con el tiempo, el corazón. El que corteja, el que acepta un vínculo, el que pone su porvenir afectivo en una aplicación o en una casa donde Cristo no es confesado como Señor, no está haciendo un experimento inocente: está acercando el cuello a una vara que, una vez trabada, duele mucho más al quitar. La mansedumbre aquí no es la blandura que firma y luego ruega. Es la firmeza que ama al prójimo lo bastante como para no prometerle una vida común que la fe no puede sostener. Y si el matrimonio ya existe en los términos de 1 Corintios 7, la mansedumbre es otra: no se huye, no se humilla al cónyuge, no se convierte la casa en tribunal; se permanece en paz, se santifica el trato cotidiano y se espera en Dios, sin añadir al hogar otros yugos que lo carguen todavía más.

En el negocio, el yugo no es el salario recibido de un empleador incrédulo, ni la venta honesta a quien aún no cree, ni el oficio ejercido con integridad en una ciudad que no canta salmos. El yugo comienza cuando se constituye una sociedad, una marca, una deuda o una gerencia compartida que obliga al creyente a callar lo que Dios manda decir, a firmar lo que Dios veda, o a consagrar la ganancia a un fin que niega su señorío. Josafat no pecó por existir en el mismo siglo que el impío; pecó porque le dio ayuda y amó la alianza con los que aborrecían a Jehová. *«El que anda con sabios, sabio será; mas el que se junta con necios será quebrantado»* (Proverbios 13:20). Hay tratos que se pueden hacer con la frente limpia; hay otros que, al firmarse, ya han puesto al templo

junto al ídolo. El criterio no es el temor receloso, ni el desprecio del que emprende, sino esta pregunta: si mañana Cristo me pide una obediencia que cueste dinero, reputación o ruptura del pacto comercial, ¿quedaré libre para darle esa obediencia, o habré vendido de antemano mi cuello? Si la respuesta es la segunda, el yugo ya está sobre la frente, aunque el logo sea hermoso y la causa se vista de bien común.

En el ministerio, esta era ha descubierto que se puede uncir el evangelio a una voz que no lo confiesa, con tal de que el auditorio crezca. Se ceden púlpitos, se firman campañas, se mezclan doctrinas bajo una misma convocatoria, se pide al siervo que «no toque puntos delicados» para no romper la coalición. Juan no llama a eso prudencia: llama participación en las malas obras. Pablo no pregunta si la coalición es eficaz; pregunta qué concordia hay entre Cristo y Belial. El ministerio no es un gremio de oradores. Es servicio de la Palabra en el temor de Dios. El colaborador fiel —ese *syzygos* a quien Pablo ruega en Filipenses 4:3 que ayude a las que combatieron juntamente con él en el evangelio— no es cualquier aliado de plataforma: es quien tira del mismo arado, bajo el mismo Señor, hacia la misma mies.[5] Uncirse a quien no trae esta doctrina no ensancha la misión; la estrecha, porque el mensaje deja de ser el evangelio para volverse un acuerdo. *«No seáis, pues, partícipes con ellos… Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas»* (Efesios 5:7, 11). La reprensión es también una forma de amor; la bienvenida al error no lo es.

En la era digital, por último, el yugo ha aprendido a no parecer yugo. Una cuenta conjunta, una colaboración habitual, un canal que presta su autoridad a otra voz, un

algoritmo que premia la amistad con el mundo y castiga la fidelidad, un contrato de imagen que vende el testimonio como si fuera mercancía, pueden atar la conciencia con la misma fuerza de un documento firmado ante escribano. *«No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres»* (1 Corintios 15:33). La conversación de esta era es persistente, pública y mezclada: no ocurre solo a la mesa, ocurre en la pantalla que se abre a todas horas. No se trata de demonizar la herramienta, ni de salir del mundo digital como si eso fuera salir del siglo. Se trata de no prestar el nombre de Cristo a una comunión que Él no puede santificar. El que se hace amigo del mundo en la red no por eso gana al mundo: se constituye, dice Santiago, enemigo de Dios. Y el que usa la red para anunciar las virtudes de Aquel que lo llamó de las tinieblas a su luz admirable no necesita uncirse a las tinieblas para ser oído. El Señor que habita en su templo no necesita que su pueblo pacte con Belial para alcanzar la plaza.

Queda, no obstante, un caso que esta era confunde con el yugo desigual, y no lo es al nacer. Dos se unieron porque caminaban iguales: mismo Señor, mismo norte, mismo arado, en el matrimonio o en cualquier otro ámbito. Con el tiempo, uno pierde el empuje, o pierde el norte. Entonces se abre la contienda interior, a veces dura como una diatriba: si Dios tomó la decisión de juntarlos, ¿quiere ahora que se separen, o quiere que luchen? No se responde esa pregunta con un presentimiento, ni con el cansancio, ni con el silencio del otro. Se responde con lo que ya está escrito, pidiendo sabiduría para obedecerlo: *«Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada»* (Santiago 1:5). Dios no desmiente hoy, por una impresión, la Palabra que dio ayer.

Hay que distinguir, con temor y con mansedumbre, dos caídas que no son la misma. Una es la pérdida del empuje: el poco ánimo, la flaqueza, el cansancio de la obra, el corazón que ya no tira con la misma fuerza y, sin embargo, no ha trocado de Señor. En ese caso, la Escritura no autoriza a soltar al compañero como si el yugo se hubiera vuelto impuro. *«Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante»* (Eclesiastés 4:9-10). El cordón de tres dobleces —los dos, y el Señor en medio— no se rompe pronto (Eclesiastés 4:12). *«Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo»* (Proverbios 27:17). Retomar, aquí, es alentar, sostener, soportar, ser paciente para con todos (1 Tesalonicenses 5:14), y no agradarse a sí mismo. El que todavía tiene brío no se erige en juez del que va más lento: se pone al hombro la carga, y cumple así la ley de Cristo (Gálatas 6:2).

Otra cosa es la pérdida del norte: el extravío de la verdad, el corazón que se endurece, el primer amor dejado atrás, el paso que ya no va hacia el mismo Señor. Aun entonces, la primera obediencia es ir detrás, no declarar cerrada la unión. El Señor preguntó: *«¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla?»* (Lucas 15:4). A la iglesia de Éfeso le dijo: *«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras»* (Apocalipsis 2:4-5). *«Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado»* (Gálatas

6:1). *«Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy»* (Hebreos 3:12-13).

Cómo orar y cómo pedir se aprende en ese mismo orden. Primero se ora por el propio corazón, no por la sentencia contra el otro: *«Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno»* (Salmos 139:23-24). Se saca primero la viga del propio ojo, y entonces se verá bien para sacar la paja del ojo del hermano (Mateo 7:3-5). Después se intercede por él, no para ganar una disputa, sino para que Dios le dé vida: *«Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida»* (1 Juan 5:16). Se sufre, si es preciso, dolores de parto *«hasta que Cristo sea formado»* en el otro (Gálatas 4:19). Y se pide al Señor lo que solo Él puede conceder: el arrepentimiento. *«Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él»* (2 Timoteo 2:24-26). Orar, en esta hora, no es arrancarle a Dios un veredicto de separación; es pedirle que devuelva el norte, y que nos dé sabiduría para no confundir la flaqueza con la apostasía, ni el amor con la complicidad.

Cómo hablarle sigue la misma mansedumbre. No se empieza por la asamblea ni por el ultimátum. *«Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca*

de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia» (Mateo 18:15-17). Ganar al hermano es el fin, no tener razón. *«Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros»* (Colosenses 3:12-13).

¿Quiere, pues, el Señor que se separen, o que luchen? En el matrimonio de quienes Él juntó, la Palabra ya ha hablado y no deja la cuestión a la diatriba del ánimo. Jesús dijo: *«Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre»* (Mateo 19:6). Y a los casados manda, no Pablo, sino el Señor: *«Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer»* (1 Corintios 7:10-11). La pérdida del empuje, y aun el enfriamiento que aún puede ser restaurado, no son causa para desatar lo que Dios ató. Se lucha, se ora, se reconcilia. Si el otro se vuelve incrédulo y él mismo se aparta, entonces —y no antes, ni por capricho nuestro— rige lo ya dicho en 1 Corintios 7:15. En el negocio, en el ministerio y en los lazos de esta era, el vínculo es real y exige la misma restauración primera; no es, sin embargo, el pacto de una sola carne. Si, después de orar, de hablar a solas y de llamar a testigos fieles, el otro rehúsa ya el evangelio o el norte común, el que permanece no está obligado a seguir unciendo un arado que se ha vuelto desigual. La Escritura misma muestra que una obra puede dividirse sin maldición: Pablo y Bernabé, por un desacuerdo serio sobre el compañero de la obra, *«se separaron el uno del otro»*, y aun así ambos siguieron

encomendados a la gracia del Señor (Hechos 15:36-40).[6] Eso no es molde para el matrimonio cristiano. Es, en cambio, una sobria advertencia para no sacralizar toda sociedad o toda campaña como si fuera tálamo, ni disolver el tálamo como si fuera una campaña.

Así, pues, el argumento se cierra donde empezó, y se ensancha hacia esta fidelidad de en medio del camino. El yugo desigual no es una frase de consejo prematrimonial. Es la guarda del templo. En el tálamo, en la sociedad, en el púlpito y en la pantalla, la pregunta al entrar sigue siendo una sola: ¿qué comunión la luz con las tinieblas? Si no hay comunión, no se firme el yugo. Si el yugo ya fue atado por un matrimonio que el Señor manda honrar, no se lo rompa por un celo mal leído, ni por el cansancio, y no se le añadan otros. Si dos empezaron el camino en un mismo Señor y uno flaquea, se levanta al compañero. Si uno pierde el norte, se va tras él hasta donde la Palabra mande ir, y solo entonces se discierne si el yugo sigue siendo el mismo. Si el yugo es de Cristo, llévese con mansedumbre, que su carga es ligera.

Decisión

Puesto que tenemos tales promesas, la decisión de esta semana no puede quedar en un asentimiento interior. Toma una hoja e inventaría, con nombres y sin disfraz, los lazos que hoy te obligan a tirar como si fueras una sola pieza con otro: el noviazgo o el proyecto de matrimonio, la sociedad o el contrato, el púlpito o la campaña, la cuenta, el canal, la colaboración que ya habla en tu nombre. Delante de Dios, marca cuál de esos lazos es presencia en el mundo —y puede permanecer con frente limpia— y cuál

es yugo desigual. Si estás a punto de entrar en un yugo que 2 Corintios 6:14 veda, no entres. Si ya vives el caso de 1 Corintios 7, permanece en paz, honra el pacto, y no añadas un segundo yugo que profane el templo.

Si, en cambio, te uniste a alguien porque ambos caminaban en un mismo Señor y ahora ves en el otro la pérdida del empuje o del norte, no conviertas esa hoja en una sentencia de separación. Ora primero el Salmo 139:23-24 por tu propio corazón. Intercede por él, pidiendo que Dios le dé vida (1 Juan 5:16) y que le conceda arrepentimiento (2 Timoteo 2:25). Esta semana, háblale a solas, con mansedumbre, sin contienda. Si el caso es un matrimonio que Dios juntó, lucha por la reconciliación y no desates lo que Él ató. Si es una obra o una sociedad, restaura primero; y solo si, después de ese camino, el otro rehúsa el norte común, discierne con testigos fieles si el yugo se ha vuelto desigual. Di este inventario y esta oración, esta semana, a alguien que de corazón limpio invoca al Señor (2 Timoteo 2:22), no para visibilizar al prójimo, sino para que tu cuello no se unza ni se suelte a solas. Y al terminar, no te quedes en la negación: toma de nuevo el yugo de Cristo, el fácil, el que enseña mansedumbre, y da gracias al Padre que ha prometido habitar y andar entre los suyos.

Cierre

No puedo cerrar este tratado como quien guardó el yugo del matrimonio. Sobrevino el divorcio: treinta años de matrimonio tirados por mi infidelidad. Lo digo con el verbo que me condena, y renuncio al eufemismo que me absuelve. Donde otros dirían que «hubo un distanciamiento», yo adulteré y rompí. No supe gestionar

las debilidades como pareja; preferí desahogarme en la calle, ensuciando a mi esposa y a mi casa. Hoy estoy arrepentido.

No cuento esto para que nadie tome mi caída como una palabra nueva que desate lo que Dios juntó. El texto que queda escrito en estas páginas no se dobla a mi biografía. Jesús sigue diciendo: *«Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre»* (Mateo 19:6). Si mi casa cayó, no fue porque el Señor se hubiera cansado del pacto, ni porque la fatiga o la pérdida de empuje fueran licencia para irse: fue porque yo me desuncí de la fidelidad que debía. El que lee y está en la diatriba —¿quiere Dios que nos separemos, o que luchemos?— no ha de mirar mi ruina como permiso. Ha de oír de nuevo el precepto, orar primero por su propio corazón, interceder, hablar con mansedumbre y luchar por la reconciliación. Mi pecado no es doctrina. La doctrina es la Escritura.

El quebrantamiento fue literal, porque me rompí. Y un día, en la sala, abrí la Biblia: una Biblia que alguien me había regalado, cuando el quebrantamiento ya no tenía otro libro y se habían agotado el tarot, la tarima y los planes. No recuerdo el pasaje que leí. Sentí en el medio del pecho algo, y dije en voz alta que algo me había pasado. Desde allí busqué conocer al Creador, y el Espíritu Santo obró en mí convicción de pecado. Fueron semanas recordando faltas antiguas; de madrugada me levantaba, me postraba, y el llanto pedía perdón al Padre. Él, como está escrito, *«convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio»* (Juan 16:8): de mi pecado, que era mucho más que un defecto de carácter; de la justicia de Cristo, la única que yo no tenía que exhibir; de juicio, porque merecía la condenación. El arrepentimiento no fue la

fuente de la limpieza. La fuente es la sangre de Cristo, que justifica al impío; la fe recibió ese veredicto, y el arrepentimiento fue la boca gemela de esa fe.

Por eso cierro donde el apóstol cierra: *«Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios»* (2 Corintios 7:1). El que ha sido recibido como hijo no vuelve a uncir el cuello a las tinieblas, ni usa su fracaso para soltar el yugo que Dios aún manda llevar. Toma de nuevo el de Cristo, el fácil, el que enseña mansedumbre. Y si alguien está allá afuera, en la misma ruptura o en la misma pregunta, que no me oiga a mí como norma: que abra la Escritura, y que el Señor le hable primero.

—Alejandro Sirit

Guía de regreso

Cuando la semana tiente a suavizar el precepto, vuelve primero a 2 Corintios 6:14-18 y 7:1, y lee en voz alta las palabras de Dios en primera persona. Luego pasa a 1 Corintios 5:9-10 y 7:10-16, para no confundir la salida del yugo con la salida del mundo, ni la guarda del templo con el abandono del cónyuge, ni la fatiga del compañero con una licencia para desatar lo que Dios juntó (Mateo 19:6). Deuteronomio 22:10 y 2 Crónicas 19:2 te recuerdan que el arado y la alianza de ayuda también pueden ser yugo. Mateo 11:28-30 te devuelve al yugo que sí debes llevar. 2 Juan 10-11 guarda la puerta de la casa y del ministerio. Santiago 4:4 prueba la amistad que esta era llama apertura. Si el que caminaba contigo flaquea o pierde el norte, lee Gálatas 6:1-2, Santiago 5:19-20, Mateo 18:15-17,

2 Timoteo 2:24-26 y Eclesiastés 4:9-12, y no uses Hechos 15:36-40 como molde del matrimonio. No hace falta un aparato nuevo: hace falta oír de nuevo lo que ya está escrito.

Notas

1. El participio griego ἑτεροζυγοῦντες (*heterozygountes*, Strong G2086) une ἕτερος, «otro, de distinta clase», y el radical de ζυγός, «yugo». No describe un cruce ocasional, sino el acto de uncirse bajo una misma vara con quien es de otra especie moral y espiritual. En la Septuaginta, la familia de este vocabulario evoca la prohibición de uncir animales distintos (cf. Deuteronomio 22:10). —A. S.

2. Levítico 19:19 guarda el mismo principio de no mezclar especies en el ganado, en la siembra y en el vestido. El precepto ceremonial ilumina, no sustituye, la aplicación moral que Pablo hace a la iglesia: la santidad de Dios no se presta a mezclas que niegan su señorío. —A. S.

3. Μετοχή (*metochē*, G3352), κοινωνία (*koinōnia*, G2842), συμφώνησις (*symphōnēsis*, G4857) y συγκατάθεσις (*sygkatathesis*, G4783) no son sinónimos ociosos: van de la participación a la comunión, de la afinidad de voces al acuerdo que se asienta. Belial (Βελίαρ, G955), en el Textus Receptus, nombra al adversario en antipoda de Cristo: no hay «sinfonía» posible entre ambos. —A. S.

4. El *distingo* entre 2 Corintios 6:14 y 1 Corintios 7:12-16 no es un arreglo moderno. El primero veda entrar en yugo con el incrédulo; el segundo manda no abandonar el

matrimonio ya existente cuando el incrédulo consiente en permanecer. Forzar una de las dos palabras contra la otra es, o laxitud que firma lo vedado, o rigor que rompe lo que Dios llama a guardar en paz. —A. S.

5. En Filipenses 4:3, la RVR1960 dice «compañero fiel». El griego σύζυγε (*syzyge*, de la misma familia de ζυγός, G4805) es, literalmente, el que comparte yugo. El contraste es deliberado: hay un yugo santo entre los que combaten juntamente en el evangelio, y hay un yugo desigual con el incrédulo. No todo compañero es yugado, y no todo yugo es pecado. —A. S.

6. El desacuerdo entre Pablo y Bernabé (Hechos 15:36-40) enseña que una sociedad en la obra puede cesar sin que ninguno sea entregado a la maldición, y que el evangelio sigue. No enseña que el matrimonio cristiano se disuelva por cansancio, por pérdida de empuje o por una «palabra» interior que contradiga *«lo que Dios juntó, no lo separe el hombre»* (Mateo 19:6). La pérdida del norte se enfrenta primero con restauración (Gálatas 6:1); solo si el otro se aparta de la fe cambia la naturaleza del yugo. —A. S.

Créditos

Citas bíblicas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960. Renovado 1988.

El texto griego del Nuevo Testamento se consulta según el Textus Receptus (Scrivener 1881/1894). Los números Strong acompañan solo a los lemas que cargan el argumento.

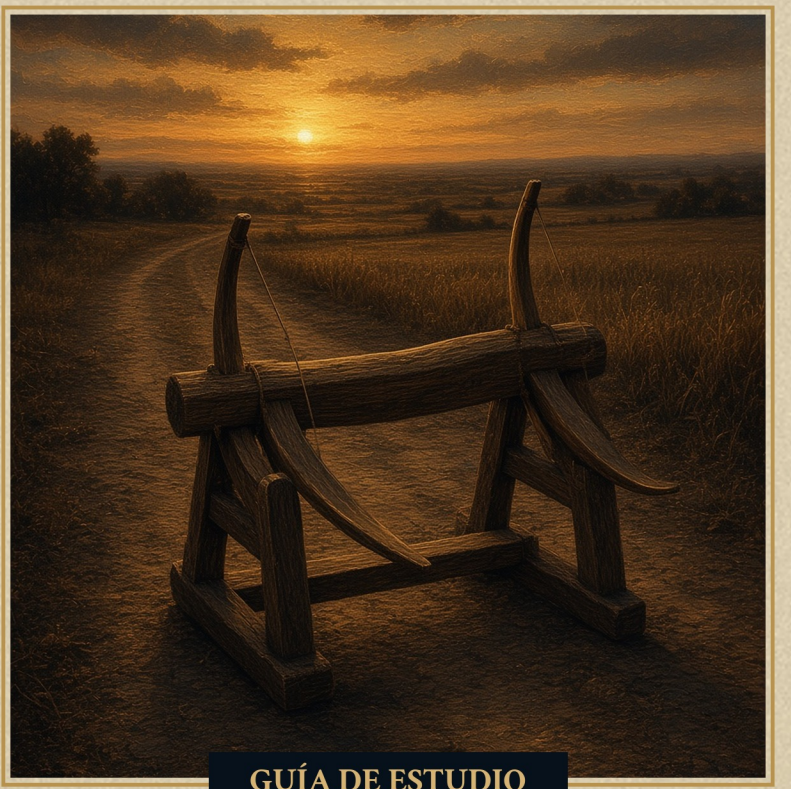
Alejandro Sirit, *El yugo desigual en esta era*, Cielo Efata, 2026.

SERIE CIELO EFATA

TRATADO

El yugo desigual en esta era

2 Corintios 6:14–18



GUÍA DE ESTUDIO

Alejandro Sirit

El yugo desigual en esta era · Guía

Esta guía acompaña el tratado *El yugo desigual en esta era*. Tiene cinco sesiones de una hora. En cada una el grupo lee el texto en voz alta, responde preguntas de observación (qué dice), de interpretación (qué significa) y de aplicación (qué pide), hace una tarea del método V.E.R.D.A.D. y termina en oración. La Escritura es la norma que juzga todo y que nada juzga: si una respuesta del grupo va más allá del texto, se vuelve al texto.

Cada sesión recorre los seis pasos de V.E.R.D.A.D., el método de lectura de la casa, siempre en el mismo orden: Ver, Entorno, Revelación, Doctrina, Argumento y Decisión. El método no abre el oído, porque eso solo lo hace el Señor, pero ordena la lectura para salir obedeciendo.

Método V.E.R.D.A.D. · cieloefata.com/verdad

El método se expone por extenso en *Norma normans non normata*, de Alejandro Sirit, obra de referencia de esta colección para leer la Escritura como la norma que juzga y no es juzgada.

Sesión 1. No ararás con buey y con asno

Texto: 2 Corintios 6:14–16; Deuteronomio 22:10. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Qué pasa en un trabajo cuando dos personas tiran en direcciones distintas?

Observación

1. ¿Qué manda Pablo al comienzo del v. 14, y a quiénes se refiere?
2. ¿Cuáles son las cinco preguntas de los vv. 14–16, y qué pares contrapone cada una?
3. ¿Qué prohibía la Ley en Deuteronomio 22:10?

Interpretación

1. ¿Qué diferencia hay entre un trato puntual con quien no cree y un «*yugo desigual*», que obliga a tirar del mismo arado hacia el mismo surco?
2. ¿Por qué Pablo no deja el precepto en una imagen del campo, sino que lo sostiene con preguntas como «*¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?*»?
3. Compañerismo, comunión, concordia, parte y acuerdo: ¿qué tienen en común estas cinco palabras, y por qué el tratado las llama cinco nombres de una misma imposibilidad?

Aplicación

1. ¿Qué lazo de tu vida te obliga hoy a compartir regla, culto, ganancia o destino con alguien?
2. ¿Qué nombre suave («apertura», «proyecto compartido», «colaboración») has usado para algo que la Escritura llama yugo?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee 2 Corintios 6:14–16 tres veces y subraya los cinco pares que Pablo pone uno frente al otro.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Lee 2 Corintios 6:1 y 6:11–13 y di qué le estaba pidiendo Pablo a la iglesia de Corinto antes de prohibir el yugo.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca el participio *heterozygountes* (Strong G2086) y la palabra *koinōnia* (G2842), y escribe con tus palabras qué añaden a la lectura.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseña 2 Corintios 6:14–16 de Dios, del pecado, de Cristo y de su pueblo, leído junto con Deuteronomio 22:10.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la objeción «eso es solo para el noviazgo», como la dirías en la cocina, y respóndela con el mismo pasaje y con mansedumbre.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Escoge un solo acto sacado de un verbo del texto, con fecha y con un testigo que te pregunte el domingo.

Nota del autor. El yugo no es un saludo en la puerta ni una venta en el mercado. Es la vara que une dos cuellos bajo una misma dirección. La convicción de pecado empieza cuando dejo de llamar apertura a lo que el texto llama comunión de la luz con las tinieblas. —A. S.

Oración: Señor, dame ojos para ver qué yugo llevo y valor para no firmar el que tu Palabra veda.

Sesión 2. Habitaré y andaré entre ellos

Texto: 2 Corintios 6:16–7:1; Isaías 52:11; Mateo 11:28–30. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Qué cuidarías distinto en tu casa si supieras que alguien muy importante vive allí?

Observación

1. ¿Qué dice Dios en primera persona en 2 Corintios 6:16–18? Hagan una lista de sus verbos.
2. ¿A quiénes hablaba Isaías 52:11, y qué les mandaba?
3. ¿A quiénes invita Jesús en Mateo 11:28, y qué les promete?

Interpretación

1. ¿Por qué el «*Porque vosotros sois el templo del Dios viviente*» va antes del «***Salid de en medio de ellos, y apartaos***»? ¿Qué cambia si se invierte el orden?
2. ¿Qué significa que Pablo cierre con «*puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos*»? ¿Son las promesas el premio de la limpieza o su motor?
3. El tratado dice que el llamado no es a un cuello vacío, sino a cambiar de yugo. ¿Qué enseña Jesús de su yugo cuando dice «***mi yugo es fácil, y ligera mi carga***»?

Aplicación

1. ¿Vives tu separación como quien quiere ganar un lugar ante Dios, o como quien ya es su morada?
2. ¿De qué yugo necesitas salir esta semana para llevar el de Cristo?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee 2 Corintios 6:16–7:1 entero, en voz alta, y anota cada promesa que Dios hace y cada mandato que da.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Compara 2 Corintios 6:17 con Isaías 52:11 y escribe en una frase qué recoge Pablo de la voz del profeta.

- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Escoge una o dos palabras que lleven el peso de 2 Corintios 6:16–7:1 y búscalas por su número Strong.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseña 2 Corintios 6:16–7:1 sobre el orden entre lo que Dios ha hecho y lo que Dios manda.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra una objeción honesta, por ejemplo «la separación es orgullo espiritual», y respóndela con Mateo 11:28–30 y con mansedumbre.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Escoge un solo acto sacado de un verbo del texto, con fecha y con un testigo que te pregunte el domingo.

Nota del autor. No nos apartamos para merecer morada; nos apartamos porque ya somos morada. Conocer a Dios como el que habita en medio de su pueblo es lo que vuelve seria la pregunta por el ídolo. —A. S.

Oración: Padre, tú prometiste habitar y andar entre los tuyos. Límpiame de lo que no cabe en tu templo y enséñame a llevar el yugo de tu Hijo.

Sesión 3. En la ciudad, sin el ídolo

Texto: 1 Corintios 5:9–10; Juan 17:15–16; 1 Reyes 11:1–4; Amós 3:3. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Conoces a alguien que, por miedo a contaminarse, dejó de tratar con todo el que no cree?

Observación

1. ¿Qué aclara Pablo en 1 Corintios 5:10 sobre los de este mundo?
2. ¿Qué pide Jesús al Padre en Juan 17:15, y qué no pide?
3. ¿Qué hicieron las mujeres extranjeras con el corazón de Salomón cuando era viejo (1 Reyes 11:4)?

Interpretación

1. ¿Por qué Pablo dice «*no absolutamente con los fornicarios de este mundo*»? ¿Qué error quiere evitar?
2. ¿Qué diferencia hay entre estar en el mundo y ser del mundo, según la oración «***No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal***»?
3. Salomón no cayó por falta de inteligencia. ¿Qué enseña su caída sobre el amor que se junta contra el precepto?

Aplicación

1. ¿Has confundido la santidad con la huida, o la misión con la mezcla?
2. ¿Con quién caminas hoy como una sola compañía sin estar de acuerdo en lo que más importa (Amós 3:3)?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee 1 Corintios 5:9–10 y Juan 17:15–16 y marca lo que se permite y lo que se prohíbe.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Di qué era Corinto (puerto, mercado y santuario) y por qué en esa ciudad el creyente necesitaba saber qué lazo podía firmar y cuál no. Lee también 1 Corintios 10:21.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Escoge una o dos palabras que lleven el peso de 1 Corintios 5:9–10; Juan 17:15–16 y búscalas por su número Strong.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan 1 Reyes 11:1–4 y Nehemías 13:26 sobre el corazón que se inclina por un lazo que Dios vedó.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Responde con mansedumbre a quien diga «si no me uno, no puedo alcanzarlos», usando Juan 17:15–16 y la pregunta de Amós 3:3.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Escoge un solo acto sacado de un verbo del texto, con fecha y con un testigo que te pregunte el domingo.

Nota del autor. Hay una presencia santa en medio de la ciudad y hay una comunión que no se puede firmar. El arrepentimiento sincero distingue las dos: no huye del vecino ni se unce a su ídolo. —A. S.

Oración: Señor Jesús, no me quites del mundo; guárdame del mal y hazme fiel en medio de la ciudad.

Sesión 4. El tálamo, la sociedad, el púlpito y la pantalla

Texto: 1 Corintios 7:12–16; 2 Crónicas 19:2; 2 Juan 10–11; 1 Corintios 15:33. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Qué acuerdos firmamos hoy sin pensar que nos atan: contratos, cuentas, colaboraciones?

Observación

1. ¿Qué manda Pablo al creyente casado con quien no cree, si este consiente en vivir con él (1 Corintios 7:12–13)?
2. ¿Qué le reprochó el vidente Jehú al rey Josafat (2 Crónicas 19:2)?
3. ¿Qué prohíbe Juan en 2 Juan 10–11, y por qué?

Interpretación

1. 2 Corintios 6:14 veda entrar en el yugo; 1 Corintios 7 manda no abandonar el matrimonio ya existente. ¿Por qué forzar una palabra contra la otra es o laxitud o rigor? ¿Qué significa «*a paz nos llamó Dios*»?
2. Josafat no pecó por vivir en el mismo siglo que el impío. ¿Qué significa la pregunta «*¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?*» para un negocio o una sociedad?

3. ¿Por qué el que da la bienvenida al error «*participa en sus malas obras*», y cómo se aplica esto a un púlpito o a una plataforma compartida?

Aplicación

1. Si mañana Cristo te pide una obediencia que cueste dinero o reputación, ¿quedarías libre para dársela, o ya vendiste el cuello en algún contrato?
2. ¿Qué cuenta, canal o colaboración digital presta hoy tu nombre a una voz que no confiesa a Cristo?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee 1 Corintios 7:12–16 entero, en voz alta, y anota qué se manda si el incrédulo consiente y qué se dice si se separa.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Escribe en una frase quién era Josafat y en qué alianza se unció, según 2 Crónicas 18:1–3 y 19:1–2.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca *symphōnēsis* (G4857) y *sygkatathesis* (G4783) en 2 Corintios 6:15–16 y escribe qué clase de acuerdo describen.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan 1 Corintios 7:12–16 y 2 Juan 10–11 de la guarda del hogar y del ministerio, leídos junto con 2 Corintios 6:14.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la objeción «la herramienta digital es neutra», como la dirías en la coci-

na, y respóndela con 1 Corintios 15:33 y Santiago 4:4, con mansedumbre.

- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Haz el inventario del tratado: escribe con nombres los lazos que hoy te obligan a tirar con otro y marca cuál es presencia en el mundo y cuál es yugo.

Nota del autor. El yugo de esta era ha aprendido a no parecer yugo. No se trata de demonizar la herramienta ni de salir del siglo, sino de no prestar el nombre de Cristo a una comunión que Él no puede santificar. La conversión se ve también en lo que firmo. —A. S.

Oración: Señor, guarda mi casa, mi trabajo, mi servicio y mi voz de todo acuerdo con lo que tú llamas tinieblas.

Sesión 5. Si cayeren, el uno levantará a su compañero

Texto: Eclesiastés 4:9–12; Gálatas 6:1–2; Mateo 18:15–17; 1 Corintios 7:10–11; Mateo 19:6. Léanlo dos veces en voz alta, cada vez una persona distinta.

Para empezar: ¿Qué haces cuando la persona con quien empezaste un camino empieza a quedarse atrás?

Observación

1. ¿Qué ventajas de ir dos juntos enumera Eclesiastés 4:9–12?
2. ¿Qué manda Gálatas 6:1 al que ve a su hermano sorprendido en una falta, y con qué espíritu?
3. ¿Qué manda el Señor a los casados en 1 Corintios 7:10–11?

Interpretación

1. El tratado distingue la pérdida del empuje de la pérdida del norte. ¿Qué cambia entre una y otra, y por qué ninguna de las dos se responde con un presentimiento?
2. ¿Qué significa que el fin de Mateo 18:15 sea que «***has ganado a tu hermano***», y no tener razón?
3. ¿Por qué la fatiga del cónyuge no es licencia para desatar lo que Dios ató, según «***lo que Dios juntó, no lo separe el hombre***»?

Aplicación

1. ¿Por quién has orado para que Dios le dé vida, y por quién has orado solo para ganar la discusión?
2. ¿A quién necesitas hablar a solas esta semana, con mansedumbre y sin contienda?

Recorrido V.E.R.D.A.D.

- **V · Ver** (Nehemías 8:8). Lee Eclesiastés 4:9–12 y Gálatas 6:1–2 en voz alta y anota cada verbo que describe lo que hace el que está en pie por el que cayó.
- **E · Entorno** (2 Timoteo 2:15). Lee Hechos 15:36–40 y di por qué el tratado lo usa para la obra y la sociedad, pero no como molde para el matrimonio.
- **R · Revelación** (Mateo 5:18). Busca *syzygos* (G4805) en Filipenses 4:3 y escribe qué enseña sobre el yugo santo de los que combaten juntos en el evangelio.
- **D · Doctrina** (2 Timoteo 3:16-17). Escribe qué enseñan Santiago 5:19–20 y 2 Timoteo 2:24–26 sobre el orden de la restauración: orar, interceder, hablar, esperar.
- **A · Argumento** (1 Pedro 3:15). Nombra la pregunta «¿quiere Dios que nos separemos, o que luchemos?» y respóndela solo con 1 Corintios 7:10–11, Mateo 19:6 y Santiago 1:5.
- **D · Decisión** (Santiago 1:22). Ora esta semana el Salmo 139:23–24 por tu propio corazón y dile tu inventario y tu oración a alguien que de corazón limpio invoca al Señor (2 Timoteo 2:22).

Nota del autor. Si dos empezaron el camino en un mismo Señor y uno flaquea, se levanta al compañero. Mantenerse firme no es soltar la vara al primer cansancio, sino volver al texto y llevar con mansedumbre el yugo de Cristo. Mi pecado no es doctrina. La doctrina es la Escritura. —A. S.

Oración: Señor, examina primero mi corazón. Dame mansedumbre para restaurar, paciencia para esperar y fidelidad para no desatar lo que tú juntaste.

Para seguir caminando

Esta guía es una puerta, no la casa entera. Si el texto le ha hablado, no lo deje en la memoria: vuelva a leerlo con la Biblia abierta y siga caminando. En **cieloefata.com** encontrará gratis los demás tratados y estudios de la serie, cada uno con su guía para grupos, y la hoja de trabajo del método V.E.R.D.A.D.

Para seguir este mismo camino más hondo, lea *DIÁKRISIS*, de Alejandro Sirit, sobre discernir con la Escritura abierta la verdad de lo que solo se le parece, en Kindle y en tapa blanda: amazon.com/dp/B0HN6G4NG4.

Notas para el líder

Esta guía acompaña *El yugo desigual en esta era*, el tratado sobre 2 Corintios 6:14–18. El líder hace leer los textos en voz alta y no permite que la sesión termine en discusión: cada sesión cierra con una obediencia concreta.

El tema toca heridas reales. Si en el grupo hay casados con un cónyuge que no cree, el líder vuelve al distingo del tratado: 2

Corintios 6:14 veda entrar en el yugo, y 1 Corintios 7:12–16 manda no abandonar el matrimonio cuando el incrédulo consiente en vivir con el creyente. La guía no se usa para empujar a nadie a una separación, ni para exponer a un hermano delante del grupo: lo que toca a un caso personal se habla a solas, como manda Mateo 18:15.

Si el grupo se enreda en casos, el líder hace la pregunta del tratado: «¿qué comunión la luz con las tinieblas?», y vuelve al texto. Cada sesión termina con un paso por escrito, compartido con otra persona, que lo preguntará la semana siguiente.

© 2026 Dr. (h. c.) Alejandro Sirit. Todos los derechos reservados. Texto bíblico tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de Sociedades Bíblicas Unidas.